



Hipertexto 12
Verano 2010
pp. 27-36

**Don Juan Manuel, Don Yllán, el Deán de Santiago y
la práctica de la necromancia**

Paul E. Larson
Baylor University

[Hipertexto](#)

El uso de la magia, real, falsa o imaginaria es un tema problemático para los cristianos. El alboroto causado por la serie de Harry Potter es una señal de lo incómodo que se sienten los cristianos hoy en día cuando tienen que enfrentarse con el espectro de la magia, incluso en un contexto de ficción popular para niños. Curiosamente, Harry y sus amigos celebran las Navidades y comparten un código ético de ideas y valores que defiende la diferencia entre la magia buena y la magia oscura o malvada. Está totalmente claro que los Malfoy y sus secuaces representan las artes proscritas de la magia negra, entre las cuales se configura la necromancia y el uso de los *horcruxes* para asegurar la inmortalidad y, en el quinto libro de la serie, *La Orden del Fénix* (2004), Harry funda una clase en la cual enseña cómo defenderse de las artes oscuras. El enorme éxito comercial de la serie de J. K. Rowling sobre los brujos subraya una fascinación creciente por la magia a pesar de las enseñanzas de ambas, la Biblia y la Iglesia Católica, que prohíben estrictamente tales prácticas. Los libros de la serie han sido denunciados reiteradamente por distintos grupos cristianos que han pedido la prohibición de ésta.¹

En una colección de cuentos que datan de principios del siglo XIV: *El Conde Lucanor*, de Don Juan Manuel, se incluye una historia que parece una advertencia en contra de las prácticas proscritas de la necromancia. Escrito como un espejo de príncipes, *El Conde Lucanor* es una serie de lecciones morales contadas para enseñar al joven príncipe cómo debe actuar en diversas situaciones. Los dos personajes que encuadran la narración: el Conde Lucanor y su consejero Patronio, ofrecen un diálogo en el cual el señor le plantea un problema a su consejero y el consejero le contesta con un cuento que esclarecer el problema original. Como es de imaginar, estos

¹ <http://www.ala.org/ala/issuesadvocacy/banned/frequentlychallenged/challengedauthors/index.cfm>

cuentos son muy variados y, frecuentemente, además de ofrecer una solución al problema original, incluyen fabulas e historias con doctrinas que proceden de distintas culturas, tiempos, y lugares. La historia del mago Don Yllán de Toledo, “gran maestro,” y su estudiante el Deán de Santiago, es el undécimo cuento de la colección y parece plantear en principio una contemplación de la ingratitud, pero es mucho más que eso, se convierte rápidamente en una exposición sobre la necromancia, lo cual planteaba un problema de conciencia para los lectores cristianos del siglo XIV ya que las prácticas de don Yllán estaban prohibidas por las Santas Escrituras y por la Iglesia. Sin embargo, el personaje más problemático de esta historia no es Don Yllán sino el Deán de Santiago, un cristiano que ha viajado y ha peregrinado a Toledo en busca de una educación en las Artes Negras y la necromancia. Este planteamiento no se enfoca, sin embargo, en ningún momento en la motivación del deán o la ética de Don Yllán, sino que se centra en el encuentro de los dos personajes, alumno y maestro, sin contemplar el enfoque de sus estudios, como si el estudio de la necromancia fuera lo más normal del mundo. “De lo que contesció a un Dean de Sanctiago con Don Yllán, el grand maestro de Toledo” es un cuento que ofrece una lección sobre la gratitud, pero rápidamente se convierte en una serie de advertencias sobre los peligros de mostrar demasiado orgullo, sufrir de la avaricia, y desear de forma enfermiza el poder, cuyo deseo ciega a la víctima a la realidad de sus propias faltas y defectos.

La magia, para la mente medieval del siglo XIV era muy real y existió en muchas manifestaciones: magos, brujos, hechiceros, trotaconventos, adivinos, videntes y alquimistas. Se conocen muchos casos de religiosos que se vieron involucrados en la necromancia en el siglo XIV durante la época en que vivía Don Juan Manuel, el autor de la obra, por lo tanto, no es de extrañar que se preocupara del tema en su colección de cuentos. Richard Kieckhefer, en su libro, *Forbidden Rites* (1997), cuenta varios casos de necromancia que fueron perseguidos por la Inquisición, como el extraño caso de Bernard Délicieux que fue acusado en 1319 de usar la necromancia en contra del Papa (1). De hecho, Kieckhefer califica el temor a la necromancia como una obsesión en la corte del Papa Juan XXII (1). Según Kieckhefer, “In 1382 an inquisitor wrote to the government of Siena about a band of magicians at Rugomagno; one Agnolo di Corso had been found in possession of a book of seventy chapters, which others had copied, and which spoke of invoking evil spirits to murder people or constrain their affections” (2). Lo curioso de estos casos es que, tanto la práctica de ritos mágicos como la tenencia de libros que contenían instrucciones para llevar a cabo conjuros, ritos, y prácticas satánicas, fueron perseguidos por los inquisidores del Santo Oficio. Es obvio que el siglo XIV fue una época prolífera en la práctica de magia y de ritos ocultos, denominado todo esto necromancia. No es de extrañar entonces que el autor de *El Conde Lucanor*, Don Juan Manuel, se preocupara de advertir en contra de su práctica.

No se conocía una línea definida que estrictamente dividiera el mundo científico del mundo quasi-científico, incluso se mezclaban muchas prácticas esotéricas y arcanas en la misma categoría como la cábala, la alquimia, la astrología/astronomía, la necromancia, la adivinación, la demonología, el ocultismo, el hermetismo, y la cartomancia, por la inherente naturaleza oculta de la magia, la lista no puede ser exhaustiva. En el cuento XLV de *El Conde Lucanor*, que se trata del mito de Fausto, un hombre que vende su alma al diablo, el filósofo y maestro de cuentos Patronio,

ofrece esta advertencia: “Et cierto sed que nunca omne dél [diablo] creyó nin fió que non llegasse a aver mala postremería; sinon, parad mientes a todos los agoreros o sorteros o adivinos, o que fazen cercos o encantamientos et destas cosas cualesquier, et veredes que siempre ovieron malos acabamientos” (238). El autor enlaza la práctica de la magia con la gente que trabaja con el diablo. Los grandes revolucionarios del mundo científico, Francis Bacon o Isaac Newton, no iban a cambiar el paradigma científico hasta después de varios siglos. Incluso, el libro que echó la mayoría de estas prácticas al suelo, el famoso *Lives of the Necromancers*, de William Godwin, no se publicó hasta el siglo XIX (1834). Godwin escribe en el prefacio de este libro: “The main purpose of this book is to exhibit a fair delineation of the credulity of the human mind. Such an exhibition cannot fail to be productive of the most salutary lessons” (v). Incluso hoy en día se ve una fascinación casi enfermiza con cuestiones de adivinos y videntes tales como *Ghost Adventures*, *Ghost Hunters*, *Medium*, y proliferan las series sobre fantasmas y espíritus violentos en lugares tétricos y tenebrosos como viejas prisiones, hospitales para enfermos mentales, o viejas casas encantadas. El hablar con los espíritus de parientes fallecidos ya es tan común en la televisión que muchos telespectadores han perdido interés, pero en el siglo XIV el fenómeno de comunicarse con espíritus era real y viable, lo que nos lleva a la historia del inquieto e incrédulo Deán de Santiago.

La historia de Don Yllán está enmarcada dentro de otra más amplia en la cual el Conde Lucanor consulta con su consejero privado, Patronio, sobre qué plan de acción debe seguir en el caso de un hombre que le está pidiendo un favor a cambio de consideraciones futuras en las cuales ese hombre le devolverá el favor. Dice así: “Patronio, un omne vino a me rogar quell ayudasse en un fecho que avía menester mi ayuda, et prometióme que faría por mí todas las cosas que fuessen mi pro et mí onra” (95). Lucanor llega a explicar que ese hombre, a quien había ayudado, no le devolvió el favor porque cuando llegó el momento en el que él necesitó la ayuda del hombre, éste siempre tenía alguna excusa. La cuestión planteada por el Conde Lucanor se trata de un intercambio de favores entre dos hombres. Una vez que el lector entiende el problema que tiene el conde, Patronio empieza a contar una historia sobre la ingratitud, que tiene como personajes al Deán de Santiago, a un administrador menor de la Catedral de Santiago de Compostela y a un mago experto en necromancia que vive en Toledo y que se llama Don Yllán.

Aunque la historia es corta, el lector entiende desde el principio que el deán ha viajado una larga distancia para ser estudiante de don Yllán. Acto seguido, los dos tienen una conversación en la cual don Yllán expresa sus dudas sobre la lealtad del deán, pero el deán “le prometió et le aseguró que de qualquier bien que él oviesse, que nunca faría sinon lo que él mandasse” (97). Así que Don Yllán sigue adelante con esta promesa de lealtad del deán. Sin embargo, Don Juan Manuel ha planteado la posibilidad de que el deán no es un hombre de fiar, y lo que ocurre a continuación es muy curioso en el sentido de que se trata de la mundanal tarea de fijar el menú para la cena de aquel día: perdices asadas. El detalle en el cual tiene que fijarse el lector es en que don Yllán no quiere que se pongan a asar las perdices hasta que él se lo diga.

Como es de esperar, Don Yllán empieza a enseñar al deán las artes oscuras de la necromancia por las cuales don Yllán es famoso, “et entraron entramos por una escalera de piedra muy bien labrada et fueron descendiendo por ella muy grand pieça,

en guisa que parecía que estaban tan vaxos que pasaba el río de Tajo por çima dellos (97). Este literal y simbólico descenso al mundo metafórico de los muertos es uno de los muchos que encontramos en la retórica de los mitos y las leyendas. Como tantos héroes de antaño, Gilgamés, Teseo, Psique, Orfeo, Ulises, Eneas, el Deán de Santiago ha entrado en el salón subterráneo del mago y, ahora, sin querer y sin saberlo, será su víctima. Lo que sigue es la historia del éxito aparente del deán en el mundo de la Iglesia aunque, la presencia inesperada de mensajeros en el cuarto subterráneo de don Yllán, debe advertir al lector de que pasa algo extraño, los detalles de éxito del deán no parecen demasiado raros. Quizás la magia de don Yllán ya está teniendo efecto y llega a tal extremo que el deán se convierte en el Papa de Roma. Cada vez que asciende, sin embargo, se niega a devolver el favor a Don Yllán, lo cual es el enfoque obvio del cuento. El deán es tan ingrato como era de imaginar, y esto es el objetivo principal de Patronio, mostrar que el ser humano es por su naturaleza mezquino e ingrato, y no de fiar. Eso es la esencia del cuento, la cuestión fundamental que le planteo el Conde Lucanor a Patronio al principio.

Al discurrir la historia, llegamos a saber que el deán es un hombre mezquino e ingrato que llega a amenazar al Don Yllán con la cárcel si no deja de pedirle que le devuelva el favor prestado. “Deste aquexamiento se quexó mucho el Papa et començol a maltraer diziéndol que si más le affincasse, que faría echar en una cárcel, que era ereje et encantador, que bien sabía que no avía otra vida nin otro offiçio en Toledo, do él moraba sinon vivir por aquella arte de nigromançia” (100). Así que, es obvio que el deán sabe que la práctica de la necromancia está proscrita pero cepta el puesto de Papa en Roma, y como buen hipócrita que es, el uso de la magia negra sólo le importa cuando puede sacar algún beneficio de ella. Cuando le conviene no rechaza la práctica pero, cuando no le interesa, no repara en amenazar a su colaborador. El deán, como muchos seres humanos, se hace de la vista gorda ante una práctica ilegal si puede beneficiarse, y si no hay peligro de que lo descubran utilizando la magia para conseguir alguna ventaja en su carrera de clérigo, no rehúsa la práctica incluso sabiendo que va en contra de la religión que profesa y practica.

Al final de la historia tenemos que recordar como lectores, que habían aparecido unas perdices que todavía estaban crudas y que serían para comer durante la cena de aquella noche. Las perdices, que no tienen nada que ver con las lecciones, hacen acto de presencia justo antes de que el profesor y el estudiante empiecen a descender hasta el mundo metafórico de los muertos para estudiar las primeras lecciones y son en realidad la clave para descifrar y entender el éxito súbito del deán. Don Yllán deja instrucciones con su cocinera de que no ponga a asar las perdices hasta que él se lo diga. Una vez que don Yllán tiene todas las pruebas y muestras que necesita de la deslealtad del deán, se acaba la ilusión. “dixo al Papa que pues al non tenía de comer, que se avria de tornar a las perdices que mandara assar aquella noche, et llamó a la mujer et dixol que assasse las perdices” (101), Y el deán se da cuenta de que ha sido engañado pero apareciendo otra vez las perdices sin guisar, se pone fin a las aventuras del deán y consecuentemente a lo que había sido un día bastante horrible para él, “Quanto esto dixo don Yllán, fallósse el Papa en Toledo, deán de Sanctiago, commo lo era quando ý bino, et tan grand fue la vergüença que ovo, que non sopo quel dezir”(101). Las perdices indican que aunque haya pasado mucho tiempo para el deán y para don Yllán, en realidad todo ha sido una alucinación y que el éxito del deán de

llegar a ser Papa de Roma no era más que un engaño meticuloso de don Yllán para revelarle a él mismo su verdadero interior.

Sin embargo la historia de don Yllán y el deán de Santiago no se trata exclusivamente de la ingratitud, ni de las escaleras de piedra, ni de cómo cocinar unas perdices, el pretexto sobre el cual Patronio construye su historia es exactamente una historia de brujería. Se pueden contar muchas historias que demuestren la ingratitud sin meterse en el complejo cuento y embrujo que narra el engaño enrevesado que formula don Yllán para el ingenuo e ignorante invitado de Santiago. En lo que parece una presentación casi superflua y recortada, Patronio nos presenta a los dos personajes y el motivo para su encuentro: “Señor Conde—dixo Patronio--, en Sanctiago avía un deán que avía muy grant talante de saber el arte de la nigromañcia, et oyó dezir que don Yllán de Toledo sabía ende más que ninguno que fuesse en aquella sazón” (96). En el espacio de una frase, el maestro de cuentos Don Juan Manuel, nos ha presentado a los dos personajes y la motivación de uno de ellos para viajar a Toledo. El autor también ha creado un espacio político, social, y religioso—Santiago y Toledo—dentro del cual localiza su historia.

El arte oscuro de la necromancia es una práctica específica que se remonta a la época del Viejo Testamento, si no antes. La necromancia se define como el acto de invocar a los muertos para conocer el futuro. Si fuéramos los lectores históricos de la época de don Juan Manuel, deberíamos de entender el cuento de Patronio como algo real y creíble. Para nosotros, Don Yllán ya sabía de antemano que llegaría el Deán de Santiago y que este individuo era un ingrato. La realidad de la necromancia como una práctica temida por la gente, se ve claramente en una historia trágica, si no tenebrosa, terrorífica y espeluznante que aparece en el Viejo Testamento, en el primer libro de *Samuel*, capítulo 28, en el cual Saúl conjura al espíritu de Samuel para acudir a la mujer conocida como la bruja de En-dor, y Samuel se queja con Saúl: —¿Por qué me molestas, haciéndome subir? Como consecuencia de esta visita, Saúl recibe la muy mala noticia de que él y sus hombres van a encontrarse con Samuel, en el mundo de los muertos, al día siguiente. La bruja del conjuro arriesga su vida porque Saúl mismo ha declarado una prohibición contra la práctica de la necromancia. Para Saúl y sus hombres lo que pasa en la casa de la maga es muy real. Olvidamos, como lectores postmodernos, que la recepción inicial de la historia de Don Yllán y el Deán de Santiago ocurre en un contexto histórico-social en el cual la práctica de la necromancia es un peligro, no es lo mismo que hoy en día cuando leemos el truco de las perdices como un golpe de magia literaria, no como si fuera magia de verdad.

Hoy, es difícil imaginar que la gente del siglo XIV, los lectores, tomaran en serio esas prácticas, y dieran por entendido que la necromancia era factible como una práctica con consecuencias reales. En su día, los primeros lectores de Don Juan Manuel, educados caballeros y damas de la corte, entendían la práctica de la necromancia como un peligro real que les amenazaba en términos de su contexto histórico y, para ellos, las conjuras para levantar a los muertos existían. Se encuentran referencias a la necromancia a en la literatura clásica de los romanos y los griegos, y hay claras advertencias contra las prácticas de invocar a los muertos para adivinar el futuro en el Viejo Testamento (Levítico 20:6; 1 Samuel 28:3, 9; Isaías 19:3). Así que la cuestión de estudiar o enseñar la necromancia no es ni inocente ni apropiada para los cristianos como el deán. Él sabía que su iglesia condenaba y prohibía tales prácticas y

que no debía involucrarse de ninguna forma en ello, sin embargo, viajó hasta Toledo premeditadamente, un viaje considerablemente largo, de varias semanas de duración en aquella época, para aprender la necromancia de un maestro reconocido. Patronio no dice absolutamente nada sobre la decisión del deán de verse involucrado en una práctica tan sórdida al desarrollar la narración entre sus dos personajes. El cristiano medieval tenía claro que las prácticas, como la necromancia, que se describe en el cuento de don Juan Manuel, frecuentemente recibían castigos ejemplares y severos por parte de La Inquisición que a menudo llevaba a cabo juicios que acababan en un auto-de-fe público, en el cual el condenado era ejecutado delante del público de alguna forma espantosa quemado, estrangulado, o sometido al garrote vil. Para los lectores medievales del cuento, el deseo por parte del deán de aprender estas artes prohibidas debió ser una advertencia inequívoca de que el deán no era un personaje fiable, y que don Yllán, el maestro en este caso, puede ser tan poco de fiar como, él.

El cuento de Patronio empieza en *media res* ya que el deán ha viajado ya a Toledo, ha reconocido a don Yllán como su maestro de necromancia, y ha decidido que esto es lo que quiere estudiar. Para el deán, el ir a Toledo es un acto premeditado, lo ha pensado, y ahora actúa sobre esa decisión. ¿Es el deán un novato ignorante? ¿Sabía que la práctica de la necromancia estaba prohibida por la ley mosaica? Leemos en el Levítico 19:31: “No acudan a la necromancia, ni busquen a los espiritistas, porque se harán impuros por causa de ellos. Yo soy el Señor su Dios.” Y en el Levítico 20:6: “También me pondré en contra de quien acuda a la necromancia y a los espiritistas, y por seguirlos se prostituya. Lo eliminaré de su pueblo.” En el Levítico 20:27 se declara: “Cualquiera de ustedes, hombre o mujer, que sea nigromante o espiritista, será condenado a muerte. Morirá apedreado, y será responsable de su propia muerte.” Como hombre de cierta responsabilidad, el deán, sabría, o por lo menos debería haber conocido estas prohibiciones que irónicamente reconoce cuando llega a ser Papa, así que, como lectores debemos reconocer a este hombre como alguien que no tiene reparos en romper las reglas y como alguien de mala fe.

El mismo acto de acudir a don Yllán para tomar lecciones debe ser suficiente para el lector experimentado para deducir que el cuento se trata de un hombre muy falto de carácter cristiano. El objetivo del deán es promover su carrera y, aunque el motivo por el que necesita usar la necromancia no está nada claro, parece entenderse que es un hombre ambicioso que es capaz de hacer cualquier cosa para avanzar y medrar dentro de la jerarquía de la iglesia, incluso si eso significa paradójicamente que tenga que utilizar como último recurso la necromancia, aun cuando esté expresamente prohibida por las Santas Escrituras. Es la ambición, entonces, el principal vicio del deán, y es su persecución del poder, del dinero y del prestigio, basados en la avaricia y la vanidad, que son también pecados mortales, lo que marca al deán como un hombre peligroso que es capaz de rechazar su ética cristiana utilizando la práctica de la magia para conseguir lo que quiere. En vez de dejar su vida y carrera en manos de Dios, él quiere controlar su destino personalmente como tantos personajes humanos, quiere controlar su vida, pero al tener prisa para promocionarse, se equivoca y deja de adorar a Dios adorando ahora el altar no sostenible del poder y las riquezas mundanales.

La historia de Don Yllán y el deán de Santiago se trata realmente de un negocio: el deán quiere aprender y Don Yllán quiere que le pague sus clases. Es una relación que los que están trabajando en el campo de la educación entienden, es necesario que

se les pague por sus conocimientos, si no, no pueden comer. El trato entre Don Yllán y el deán es sencillo: uno enseñará al otro pero si el deán llega a tener un puesto desde el que pueda otorgar un favor a Don Yllán, lo tendrá que hacer. Don Yllán sabe que este acuerdo es difícil de cumplir, pero el deán se ha cegado por la magnífica posibilidad que se le ofrece de aprender definitivamente los secretos del nigromante, y el lector también se ciega hasta cierto punto porque sigue de cerca los deseos de aprender algo secreto, prohibido, y morboso y es posible que Don Juan Manuel cuente con eso para sorprender al lector al final. La narración que cuenta el éxito súbito del deán está muy comprimida y condensada. Los únicos detalles cuentan su subida repentina a través de la jerarquía de la iglesia y como rehúsa devolver cualquier favor a Don Yllán.

El deán se niega a cumplir su promesa y esa es la acción en la que se enfoca la narración de Patronio. Las lecciones sobre la ingratitud son obvias y claras, pero así es como el mago utiliza la directriz errónea para engañar a su público. Patronio quiere que nos enfoquemos en la ingratitud del deán, pero esa no es la lección verdadera. Ambos, el deán y el lector quedan totalmente engañados por la alucinación que Don Yllán ha creado a través del arte literario de don Juan Manuel. Justo cuando el deán, ahora el Papa de Roma, empieza a amenazar al nigromante con meterlo en la cárcel, se desvanece la ilusión y el deán se queda allí, solamente deán otra vez, nunca fue ni será Papa. Se ha descubierto, es un mentiroso ingrato y debe buscar la puerta de salida cuanto antes. Ese es el momento cuando don Yllán le da órdenes a la criada para que ase las perdices, y como detalle para rematar la escena, sugiere al deán que se vaya sin cenar porque se ha mostrado como un hombre sin valor ético, que no merece más consideración y que no va a aprender nada de él. Así que hay dos sentidos en los cuales el deán se queda con hambre: primero no cena perdices, y segundo, su hambre por aprender la necromancia se queda sin satisfacer. Ha sido engañado por el maestro, y no participa en el mismo nivel que don Yllán. El deán ha demostrado ser un hombre pequeño con ideas cortas, no era capaz de distinguir entre lo real y la ilusión, así que terminó como víctima del nigromante.

El lector también ha quedado mal bajo la conjura del engaño. La situación final del deán, engañado y regañado por el nigromante es la misma en la que se encuentra el lector que pensaba, como el deán, que éste ascendía de forma real para llegar a ser Papa. El engaño literario ejecutado por el escritor a través de la persona de Patronio, encarnado literalmente en las perdices, fue una conjura perfecta. Había indicios —el sótano de piedra, los mensajeros extraños, el repentino éxito del deán—que indicaban que algo extraño pasaba entre los dos personajes, pero como lectores, decidimos no hacer caso, estábamos tan ciegos como el deán con la fantasía de don Yllán. La gratitud, o falta de lo mismo, podría haber sido el pretexto de Patronio para contar la historia, pero la historia se trata claramente del engaño y lo fácil que es engañar al ser humano, por lo tanto, es una advertencia para tener cuidado y no fiarse demasiado de los sentidos ya que no se puede saber siempre la diferencia entre lo que es real y lo que es una fantasía.

Mientras tanto, el autor dice bien poco de Don Yllán con la excepción de que le gustan las perdices para cenar. Debería ser el hombre malo de la historia, pero como sabemos tan poco de él, es difícil juzgarlo. Al final, se despide del deán sin más ni más. Un nigromante de cierto poder, obviamente podía adivinar la llegada del deán

mucho antes de que ocurriera y se había preparado para su llegada y su petición. Aunque algunos pueden cuestionar la decisión de Don Yllán de enseñarle una lección al deán, también puede ser que Don Yllán supiera de antemano que el deán no aceptaría un “no” como respuesta a su petición de aprender la necromancia y le pareció mejor aceptar el negocio y engañarlo en vez de intentar disuadirle de su propósito. El deán se queda con hambre porque no entiende el poder de la sabiduría que quiere adquirir. Desde el punto de vista de la magia, sería precisamente el nigromante quien podría predecir ambos, la llegada del deán y el tipo de persona que es. No es difícil imaginar la paradoja de que el nigromante no va a enseñar su magia a nadie que quiera aprenderla. Como el nigromante puede adivinar el futuro, puede predecir cómo los demás van a actuar, y esa es la paradoja que no entiende el deán cuando llega a la puerta de su maestro.

El undécimo cuento de la colección de *El Conde Lucanor* es una advertencia en contra de la participación de los cristianos en ritos de necromancia, los cuales se consideraban prohibidos y peligrosos. La única consecuencia que tiene que sufrir el deán es su vergüenza personal y el hecho de ser humillado por el gran mago Don Yllán. Se ha mostrado ingrato, falto de vista, y ambicioso y Don Yllán no lo denuncia públicamente, una acción que le habría hecho mucho daño y que le habría estropeado su futuro en la iglesia. La pregunta que sigue sin contestarse es, desde luego, ¿a quién quería resucitar el deán? La respuesta obvia, según Francisco Miranda, es el mismo Santiago, cuyas reliquias se encuentran supuestamente bajo el altar de la catedral de Santiago de Compostela (330). Resucitar a Santiago plantea serias cuestiones de ética para los cristianos, pero sin duda la gran mayoría de la gente estaría de acuerdo en que la idea es a la vez una equivocación, una blasfemia, si no una práctica vil y baja que un hombre de fe rechazaría tajantemente. Ambos los cristianos y los judíos se someten estrictamente a una serie de reglas y prácticas que dictan el enterramiento de cadáveres y que aseguran el aislamiento de los cuerpos muertos. Está completamente prohibido meterse con los huesos o los restos de los muertos, y el acto de abrir fosas o tumbas se considera un tabú bajo casi cualquier circunstancia. De hecho, la gran mayoría de las culturas tienen prácticas y convenciones funerarias que aíslan a los muertos en cementerios públicos, monumentos civiles o mausoleos, que efectivamente separan a los muertos de los vivos.

La historia de Patronio es la respuesta que él da a Lucanor sobre el problema de la ingratitud, pero también se trata del engaño y la dirección incorrecta. Mientras el lector escucha el cuento de Patronio que se trata de un deán ingrato y ambicioso, los lectores no cuestionan activamente la premisa alucinante sobre la cual se basa la historia, o sea, que la práctica de la necromancia es normal y aceptable. Don Juan Manuel deja que su personaje, Patronio, cuente la historia de un nigromante y su estudiante sin hablar de la ética de la situación. Para el lector la historia se convierte en una cuestión de auto-crítica. Es el lector lo suficientemente consciente de su lugar en el mundo en relación con la narración para plantearse la cuestión más importante en cuanto al deán: ¿qué hace un hombre cristiano en casa de un nigromante en busca de lecciones sobre una práctica prohibida? El idea del nigromante es difícil para alguien como Don Juan Manuel que vivía en una sociedad que les tenía miedo. Al dejar que el lector sea testigo de la vergüenza del deán ingrato, el autor invoca la regla que se lee

en el Levítico 20:6, “También me pondré en contra de quien acuda a la necromancia y a los espiritistas, y por seguirlos se prostituya. Lo eliminaré de su pueblo.” Irónicamente, es don Yllán quien rechaza al deán y lo echa a la calle como desperdicio humano. El cuento pill a los lectores desprevenidos en el sentido de que no esperan que la trama que cuenta el éxito súbito del deán gire de forma inesperada al final dejando al deán al descubierto. Las perdic es se convierten en símbolos de la justicia ejercida por Don Yllán y de las promesas rotas por el deán. Se dejó cegar el deán por sus ambiciones, y Don Yllán lo mostró como un hombre pequeño, ingrato, mezquino, torpe, ambicioso y vil. Al final es don Yllán, el maestro de las artes prohibidas, el maestro de la necromancia quien ejerce la espada de Dios, recortando la ambición enfermiza del deán.

De cierta manera, esta historia es la parábola de un profesor y su estudiante, tanto como Patronio y Lucanor como Don Juan Manuel y sus lectores. El estudiante que llega al profesor con una serie de ideas premeditadas sobre su propia superioridad moral e intelectual, no tiene la más mínima posibilidad de aprender nada. El deán pensaba que la necromancia podría ser una herramienta útil en su búsqueda de fama, poder, y riquezas, pero desestimaba su propia ignorancia en el tema. Seguramente, el nigromante no entendía su profesión como algo tan blanco y negro que se podía reducir a una serie de conocimientos concretos. Si el estudiante hubiera podido entender que la mayor y la mejor cualidad de cualquier estudiante es la humildad frente al maestro, habría sido capaz de entender algo. El aprendiz tiene que reconocer su propia ignorancia, sus tonterías, su falta de conocimientos. Solamente cuando el estudiante se entrega al profesor incondicionalmente puede empezar a aprender. Como este no es el caso en el personaje del deán, el clérigo está condenado al fracaso desde el principio. De forma igual, el lector tiene que entregarse incondicional mente a los textos de Don Juan Manuel y los cuentos de Patronio. Los maestros saben que el camino a la sabiduría sólo se pasa con humildad y gratitud.

Si se lee esta historia sólo como cuento sobre la ingratitud no se entendería lo que quiere decir el autor. La forma precisa de esta historia, una parábola contada por un consejero para instruir a su estudiante dicta que el cuento es complejo, con múltiples significados y ambiguo en el tratamiento de la ambición humana. La fe en Dios es un tema central en la historia, aunque se queda descartado por el deán que quiere esquivar los senderos normales del comportamiento. El significado de la fe se construye indirectamente a través de la historia de un deán a quien precisamente le falta fe. Sin querer confiar su carrera dentro de la iglesia a Dios, lo cual invoca la triste historia de Saúl otra vez, el deán opta por cualquier medio para avanzar en la jerarquía eclesiástica. El resultado, sin embargo, es negativo aunque no va a quedar destruido al día siguiente como el pobre Saúl, el deán se ha quedado reflejado malamente en un espejo oscuro sujeto por don Yllán, lejos de la gracia de Dios. El fracaso es un maestro severo del cual debería aprender, pero este deán no se va a recuperar nunca ya que se deja llevar por su vanidad y su ego, que jamás le van a dejar arrepentirse sinceramente aunque ese sería el único camino que le quedaría.

Obras citadas

Godwin, William. *The Lives of the Necromancers*. London: Frederick Mason, 1834.

Kieckhefer, Richard. *Forbidden Rites: a Necromancer's Manual of the Fifteenth Century*. University Park (PA): Pennsylvania State UP, 1997.

Manuel, Don Juan. *El Conde Lucanor*. Madrid: Castalia, 2000.

Miranda, Francisco. "Un dean de Sanctiago y don Yllán, el maestro de Toledo: Necromancia e historia en *El Conde Lucanor*". *Revista canadiense de estudios hispánicos*. 23.2. (1999): 329-40.

Rowling, J. K. *Harry Potter and the Order of the Phoenix*. New York: Scholastic, 2003.

La sagrada Biblia, Nueva Versión Internacional. Wheaton, Illinois: La Bible Gateway, 1999. <http://www.biblegateway.com/>